

# VERSION ESPAGNOLE ET COURT THÈME

## I. VERSION

### BELFEGOR O LA PEREZA

En una fábrica de benéficos cojines, entró pues Su Excelencia la Señora Belfegor. Por supuesto, tratábase de un establecimiento pequeño, si se lo comparaba con los destinados a la gran industria, ya que estaba dedicado a un público restringido y especial. Entró y entró a trabajar, algo para ella tan desconcertante, tan enemigo de su idiosincrasia, que le costó vencer la repulsión de la servidumbre laboriosa que se impusiera. Al fin y al cabo, hay que valorar lo que significa que un demonio princesa, distinguido por la circunstancia particularísima de ser, además, el demonio y la princesa de la haraganería, llegara cotidianamente a la fábrica de cojines sentimentales, y se entregara, en el curso de largas, consecutivas horas, a rellenar almohadones. Integraban el personal dos mil obreros y obreras, cuyos sexos eran difíciles de discriminar -cuando se lograba-, tan bien habían alcanzado a unificarlos los métodos de Bét-Bét.

Lo primero que llamó la atención del personal con referencia a Belfegor, fue la disparidad de su volumen. Nadie pesaba lo que ella, no obstante la disminución que se había impuesto. A esa curiosidad se sumó la que derivaba de varios aspectos de su actitud. Trabajaba, trabajaba conscientemente, pues de otra suerte no hubiera podido permanecer en la manufactura sin incurrir en sanciones muy graves, mas supo introducir, en su modo de encarar la tarea, una languidez sutil -que no era, en realidad, al principio, más que una sombra, apenas un matiz delicado de la languidez-, cuya presencia, suave, melindrosa, tierna, meliflua, pero constante, suscitó la sorpresa de sus compañeros más próximos. No se les había ocurrido que eso, ese retoque, esa variación liviana y tenaz del ritmo común, pudiese existir. Era algo tan extraño, que ellos también aminoraron la afanosa cadencia, para observar su quehacer. Observaron luego que, durante los breves espacios de descanso, en lugar de permanecer tiesa en su sitio y de tomar sellos<sup>1</sup> o recibir masajes, para acumular vigor, la principiante gorda se tumbaba y dormía. Esto último era fantástico. Que a alguien se le ocurriese dormir, en el lapso corto que separa a una tarea de su prosecución, era fantástico. Y Belfegor (quién sabe si con un ojo abierto porque, cuando dormía, lo hacía sólidamente) osaba sestar en dichas ocasiones.

Primero fue una; después fue otro; hubo una tercera; hubo un cuarto que encogidamente al comienzo, y más adelante con ahínco, se atrevieron a copiar a Belfegor. Y no sólo eso: el ejemplo de su flojedad, de su enervación, de su *laissez-aller* cundió en la fábrica. Los jefes intervinieron tarde: la fábrica entera dormía; la fábrica entera trabajaba cada vez menos... cada vez menos... Hasta que la fábrica se inmovilizó, en torno de Belfegor amorrongada. Era tan misterioso, tan poético, el espectáculo que ofrecía esa manufactura poblada por lirones<sup>2</sup>, que los capataces, los empleados, los del directorio, los vigilantes y los abandonados robots, sucumbieron asimismo ante su soporoso influjo, como si los solicitasen centurias de sueño, y a ellas se rindiesen. Y puesto que muchos utilizaban, para apoyar las frentes o las nuca, los cojines sentimentales, la fábrica se colmó de arrullos, de nanas, de arrorrós, lo que coadyuvó a generar una calma de tan hondo aletargamiento, que ya nadie se levantó, ni despertó, ni comió, ni se fue a su casa, sino prosiguieron cabeceando y roncando.

Manuel Mújica Laínez, *El viaje de los siete demonios*, Madrid, Seix Barral, 1992

[Buenos Aires, 1974]

---

<sup>1</sup> sello : cápsula, medicamento

<sup>2</sup> lirón: mamífero roedor muy parecido al ratón, con pelaje de color gris oscuro en las partes superiores, blanco en las inferiores, que pasa todo el invierno adormecido y oculto.

## II. THÈME

À force de compulsier des tomes d'histoire naturelle, notre illustre ami le docteur Tribulat Bonhomet avait fini par apprendre que « *le cygne chante bien avant de mourir* » -en effet (nous avouait-il encore récemment), cette musique seule, depuis qu'il l'avait entendue, l'aidait à supporter les déceptions de la vie, et toute autre ne lui paraissait plus que du charivari, du Wagner.

— Comment s'était-il procuré cette joie d'amateur ? Voici :

Aux environs de la très ancienne ville qu'il habite, le pratique vieillard ayant, un beau jour, découvert dans un parc séculaire à l'abandon, sous des ombrages de grands arbres, un vieil étang sacré -sur le sombre miroir duquel glissaient douze ou quinze des calmes oiseaux-, en avait étudié soigneusement les abords, médité les distances, remarquant surtout le cygne noir, leur veilleur, qui dormait, perdu en un rayon de soleil.

Villiers de L'Isle-Adam, « Le tueur de cygnes », *Contes cruels*, 1883